VERONICA ROTH

POSTER GIRL

Traducción de Víctor Ruiz Aldana

Planeta

Poster Girl.indd 3 16/5/23 14:09

1

Cuando piensa en lo que hubo antes, se acuerda de la sesión de fotos. La mujer que maquilló a Sonya olía a lirio de los valles y a laca. Cuando se inclinaba para empolvarle las mejillas con colorete, o taparle una imperfección con un punto de corrector beige en el dedo, Sonya clavaba la mirada en las pecas que tenía en la clavícula. Cuando terminó, la mujer se embadurnó las manos con aceite y se las pasó a Sonya por el pelo para que le brillara.

Acto seguido, le acercó un espejo para que se viera, y los ojos de Sonya se posaron primero en el rostro de la mujer, semioculto por el cristal. Luego, en la aureola pálida de su Clarividencia, un círculo de luz en torno a su iris derecho que relució al reconocer la propia Clarividencia de Sonya.

Ahora, una década más tarde, trata de recordar su reflejo en aquel preciso instante, pero no es capaz de ver más que el producto final: el póster. En él, su joven rostro tiene la mirada fija en un horizonte invisible. Uno de los eslóganes de la Delegación la abraza desde arriba:

LO JUSTO

Poster Girl.indd 7 16/5/23 14:09

Y, debajo:

ES JUSTO

Recuerda el flash de la cámara, la mano del fotógrafo cuando le indicó hacia dónde mirar, la suave música de piano que sonaba de fondo. El presentimiento de estar en medio de algo importante.

Arranca un tomate cherry de la mata y lo echa en la cesta con los demás.

—Si las hojas se ponen amarillas es que las hemos regado demasiado —dice Nikhil, antes de escrutar con gesto ceñudo el libro que tiene en el regazo—. Espera..., o muy poco. Puf, ¿cuál será?

Sonya se arrodilla sobre la grava de la azotea del Edificio 4, rodeada por los cajones de cultivo que había construido Nikhil. Cuando moría alguien del edificio, él se llevaba los muebles más maltrechos y los desmontaba, quitando clavos y tornillos, y recuperaba toda la madera posible. De ahí que los cajones de cultivo parecieran estar hechos de retales, con maderas de distintos colores y texturas; un listón de caoba pulida por aquí, un trozo de roble sin barnizar por allá.

Más allá de la azotea se extiende la ciudad, pero ella no le presta atención. Bien podría ser el fondo de una obra de teatro escolar, pintado sobre una sábana.

—Ya te he dicho que ese libro no vale para nada —dice ella—. La única forma de aprender a cuidar las plantas es a base de prueba y error.

Poster Girl.indd 8 16/5/23 14:09

—Puede que tengas razón.

Aquella es la última cosecha del año. Pronto limpiarán los cajones de cultivo de plantas muertas y los cubrirán con lonas para proteger la tierra. Luego, trasladarán todas las herramientas al cobertizo para que no se mojen y llevarán las macetas de menta al piso de Sonya para poder masticar las hojas durante el invierno. En enero, tras meses alimentándose solo de comida enlatada, no verán el momento de probar algo verde.

Él cierra el libro y Sonya recoge la cesta.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —propone ella—. O no quedará nada que valga la pena.

Es sábado, día de mercado.

—Llevo dos meses vigilando esa radio rota y nadie le ha hecho ni caso. Allí seguirá.

—No te confíes. ¿Te acuerdas de que me pasé tres semanas detrás de un jersey y en el último momento me lo quitó el señor Nadir?

—Pero al final lo conseguiste.

—Porque el señor Nadir se murió.

Nikhil le guiña el ojo.

—Todo final es un principio.

Caminan juntos hacia la parte superior de la escalera, al ritmo de Nikhil, porque ya no tiene las rodillas para muchos trotes y les queda un largo descenso hacia el patio. Sonya coge un tomate de la cesta y se lo acerca a la nariz.

De niña jamás trabajó en los huertos. Aprendió todo lo que sabe ahora a base de fracasos y aburrimiento. Pero aún asocia el aroma dulzón y polvoriento con el verano, y recuerda la calima sobre la acera, y la tensión de las

Poster Girl.indd 9 16/5/23 14:09

cuerdas de la raqueta de bádminton, y los tonos rojizos y púrpuras de la sangría de su madre, un capricho infrecuente.

—No te comas nuestros productos —le recrimina Nikhil.

—No iba a comérmelo.

Llegan al pie de la escalera y cruzan el patio, un espacio verde y descuidado donde los árboles se precipitan sobre el edificio que los contiene y arañan las ventanas de aquellos lo bastante afortunados como para disfrutar de las vistas. Sonya los envidia. Pueden engañarse. Hay otros, como ella, cuyas ventanas dan a la ciudad que hay más allá de la Abertura, que deben enfrentarse cada día al hecho de saberse encerrados. Tres pisos por debajo de la ventana de Sonya hay una concertina de alambre de espino y, enfrente, un colmado decadente en el que ofrecen cinco minutos con un par de prismáticos por un precio simbólico. Hace diez años que cubrió las ventanas con una sábana y no la ha descorrido desde entonces.

Arrodillada a un borde del camino del jardín se encuentra la señora Pritchard, con el pelo canoso recogido en un moño. Está arrancando un diente de león de raíz con la ayuda de una pala hecha con varias cucharas de cocina atadas entre sí. Tiene las manos descubiertas y la alianza le sigue reluciendo en el anular, aunque hace mucho que ejecutaron al señor Pritchard. Se apoya sobre los talones.

—Buenos días —saluda.

La Clarividencia del ojo derecho se le ilumina cuando establece contacto visual con Sonya, y de nuevo cuando mira a Nikhil; un recordatorio de que, aunque la Dele-

Poster Girl.indd 10 16/5/23 14:09

gación haya caído, todavía puede haber alguien observándolos.

—¿Ya es día de mercado? —pregunta—. No sé en qué día vivo.

A pesar de estar de rodillas en la tierra, la señora Pritchard está impecable, con una camiseta sin arrugas metida por dentro de unos vaqueros. Le ha arreglado ropa a Sonya otras veces, después de que Lainey Newman muriera y se redistribuyeran sus posesiones en la Abertura.

—Buenos días —responde Nikhil.

—Buenos días —dice Sonya—. Sí, Nikhil quiere una radio rota, por alguna extraña razón.

—Una radio rota que Sonya arreglará —replica Nikhil.

—No tengo ni la menor idea sobre radios.

—Ya te las apañarás. Como siempre.

La señora Pritchard emite un quejido con los labios apretados, y dice:

—Esos tomates valen más que una radio. ¿Se puede saber qué esperas oír de...? —Hace un gesto hacia el muro exterior de la Abertura—. ¿De ahí fuera?

—Todavía no lo tengo claro —contesta él—. Supongo que lo descubriré cuando disponga de una radio.

Ella cambia de tema.

—¿Habéis hablado con los del Edificio 1 sobre las patrullas para la visita?

—Anna me ha asegurado que se encargan ellos.

—Porque no podemos permitirnos otro incidente como el de hace tres años.

—Por supuesto que no.

—No nos conviene que piensen que somos una panda de animales salvajes...

Poster Girl.indd 11 16/5/23 14:09

Tres años atrás, cuando los tres líderes del gobierno que había «ahí fuera» visitaron la Abertura, varios residentes ebrios del Edificio 2 les arrojaron botellas. Estuvieron semanas sin recibir ningún envío en la Abertura. Hubo gente que se quedó sin comida. A todo el mundo le conviene que haya paz cuando los visitan los forasteros, pero debido a la política de no intervención de los guardias, les corresponde a los prisioneros controlarse a sí mismos.

—Mary, no queremos entretenerte —dice Sonya con una sonrisa.

La señora Pritchard deja escapar una risita y recoge la pala improvisada. Sonya y Nikhil continúan andando y atraviesan el túnel de ladrillo que cruza el callejón. Los ladrillos están llenos de nombres que Sonya acaricia con los dedos al pasar. No disponen de tumbas para las personas que han perdido; aquellos nombres son el único recuerdo. El suelo del túnel está cubierto de la cera de las velas de los que han ido a llorar la muerte de un ser querido. Piensa a menudo que tal vez deberían rascar la cera del suelo y fundirla para fabricar velas nuevas, pero no lo hace. En la Abertura, todos están acostumbrados a anteponer lo práctico a lo sentimental, pero aquellos muros son intocables.

—Gracias, por cierto —dice Nikhil—. Lleva semanas dándome la murga con lo mismo.

—Siempre le ocurre algo. La semana pasada estaba enfadada por las bolsas que se acumulan al lado de los contenedores. Como si aquí pudiéramos controlar con qué frecuencia recogen la basura.

Antes de salir del túnel, Sonya levanta la mano hasta dar con el nombre que ella misma grabó subida a un taburete inestable y con la punta de un destornillador en la

Poster Girl.indd 12 16/5/23 14:09

mano. «David.» Las puntas de los dedos se le llenan de gravilla.

Hay dos calles en la Abertura: la calle Verde y la calle Gris, nombradas a partir de los colores de la Delegación. Dividen la Abertura en cuadrantes, y en cada cuadrante hay un edificio de apartamentos idénticos. El suyo es el Edificio 4, y está lleno de viudas, viudos y Sonya.

El mercado se encuentra en el centro de la Abertura, donde confluyen las dos calles. Sonya recuerda cómo eran los mercados de antes, filas de paradas de madera con techos de lona para protegerse de las inclemencias del tiempo. Allí, la gente lleva lo poco que tiene para intercambiarlo, hay quien distribuye sus bienes sobre mantas y quien se pasea por el lugar haciéndoles ofertas a los demás. Casi todo son baratijas, pero las baratijas pueden llegar a ser útiles; un puñado de cucharas puede convertirse en una pala, y una mesa desvencijada, en un cajón de cultivo.

No ha olvidado la sensación de las cosas hermosas. El frío roce de la seda en sus brazos desnudos. El repiqueteo de los zapatos nuevos en el parqué. Los dobleces que hacía con las uñas en el papel de regalo de Navidad. Su madre siempre compraba el dorado y verde.

Por lo visto, el tiempo no lo embota todo.

Se pega a Nikhil cuando pasan junto a un grupo de hombres de su edad. Se sabe todos los nombres (Logan, Gabe, Seby y Dylan), y precisamente por eso finge que no los ha visto. Están esparcidos; uno apoyado en el Edificio 2, otro en mitad de la calle, otro sentado en la acera y el último con la mano posada sobre la farola.

—La chica del póster —canturrea Logan mientras gira

Poster Girl.indd 13 16/5/23 14:09

alrededor de la farola, agarrándose a esta con las puntas de los dedos.

La llamaban así incluso antes de llegar a la Abertura, sobre todo porque reconocían su rostro pero no sabían cómo se llamaba. Hubo un momento en que le parecía un halago, cuando tenía dieciséis años y por fin dejaba de vivir a la sombra de su hermana mayor. Pero ahora ya no es un halago.

—En la Abertura no puedes hacer como si no nos conocieras, Sonya. Tampoco somos tantos peces en esta puta pecera —le espeta Gabe antes de acercarse a ella y pasarle un brazo por encima de los hombros—. ¿Por qué ya no vienes a vernos?

—Probablemente se crea superior a nosotros —dice Seby, hurgándose los dientes con una uña.

—¿Ah, sí? —Gabe sonríe. Huele a alcohol casero y a jabón de lavanda—. Mira que yo no lo recuerdo así.

Sonya le aparta el brazo de sus hombros y le da un ligero empujón.

—Vete a molestar a otra persona, Gabe.

Los cuatro se ríen de ella.

—Buenas tardes, muchachos —saluda entonces Nikhil—. Espero que no os estéis metiendo en problemas.

—Claro que no, señor Price. Solo nos estamos poniendo al día con una vieja amiga.

—Ya veo —contesta Nikhil—. Bueno, la cuestión es que estamos haciendo unos recados, así que vamos a tener que irnos.

—Sin problema, señor Price. —Gabe la señala con una mano y agita los dedos, pero no los sigue.

El Edificio 2, donde terminaron la mayoría de los jó-

Poster Girl.indd 14 16/5/23 14:09

venes después de que los encerraran, es el lugar más caótico de la Abertura. Logan fue a la escuela con Sonya, unos cursos por encima de ella. El año anterior estuvo a punto de incendiar el Edificio 2 mientras preparaba una droga a partir de medicamentos para el resfriado. Y por el patio del edificio siempre flotan vapores de las bañeras de licores caseros. Hubo un tiempo en que podía identificar quién estaba preparando cada remesa por cómo le quemaba la nariz y se le agarraba a la garganta. La gente del Edificio 2 no tiene otro objetivo más que matar el tiempo.

La calle Gris confluye con la calle Verde en un tramo de pavimento resquebrajado, cubierto ahora de colchas viejas y montañas de todo tipo de cosas: altas torres de prendas de vestir manchadas o rasgadas, montones de latas con las etiquetas arrancadas, cordones con las puntas raídas, sillas plegables, almohadas rotas, tiestos mellados. En su mayoría, son objetos usados, donados por las gentes que viven fuera de la Abertura. La organización que los recoge, las Manos Misericordiosas, viene una vez al mes con nuevas ofrendas y sonrisas de disculpa.

A veces, la gente vende objetos nuevos que construyen a partir de los viejos; una pequeña escoba hecha con un puñado de cables, unas sábanas cosidas a partir de retales, bandejas con las tapas duras de los libros. Esas son las cosas favoritas de Sonya. Parecen nuevas, y eso no es algo que abunde en la Abertura.

—¿Lo ves? ¿Qué te he dicho?

Nikhil levanta un viejo despertador con radio. Tiene una pantalla con dos altavoces a cada lado. Es negro y achaparrado, y las esquinas están desgastadas. De la par-

Poster Girl.indd 15 16/5/23 14:09

te trasera sobresalen varios cables. Georgia, una vecina del Edificio 1, está subida en una caja vieja detrás del cementerio de cachivaches electrónicos.

—No funciona —afirma.

No es el argumento de venta más efectivo.

Sonya le quita la radio a Nikhil de las manos y, con movimientos afectados, echa un vistazo por la parte trasera para verle las entrañas.

—No sé yo —le dice a Nikhil—. Tal vez no se pueda arreglar.

No la educaron para reparar radios viejas. Ni tampoco le enseñaron a cultivar tomates en la azotea de un edificio en ruinas, ni a quitarse de encima a hombres ociosos que ya estaban borrachos a media mañana. Ha aprendido muchas lecciones en la Abertura por las que no había mostrado ningún tipo de interés hasta el momento. Pero Nikhil parece esperanzado y quiere que ella tenga proyectos, de modo que esboza una sonrisa.

—Pero por probarlo no perdemos nada —añade.

—Así me gusta.

Él se encarga de negociar con Georgia. Tres tomates por una radio rota. No, responde Georgia. Siete.

A unos metros de allí, Charlotte Carter le hace un gesto a Sonya para que se acerque. Parece salida de un cuento, con su vestido a cuadros, la larga trenza y la piel salpicada de pecas y manchas de la edad. Los ojos se le arrugan por las comisuras cuando le dirige una sonrisa a Sonya.

—Sonya, cariño. ¿Me harías un favor?

—Puede ser. ¿Qué necesitas?

—Mi hermano, Graham..., el del Edificio 1, ¿lo conoces?

Poster Girl.indd 16 16/5/23 14:09

Es una pregunta ridícula. En la Abertura se conoce todo el mundo.

—De vista.

—Ay, qué bien. Bueno, pues el último quemador de la cocina dejó de funcionarle justo ayer, y no ha podido prepararse nada de comer desde entonces. —Aprieta mucho los labios—. Ha estado usando el que tengo en mi apartamento.

—Ya veré si tengo alguno de sobra —contesta Sonya.

—¿Esta noche? —Charlotte parece inquieta. Se le tensan los tendones de la garganta—. No quiero meterte prisa; lo que pasa es que suele venir a cocinar... y se queda.

Sonya reprime una risotada.

—Esta noche tengo una fiesta. Pero puedo ir por la mañana.

—Ay, sí —dice Charlotte—. La fiesta de despedida, me había olvidado.

Sonya ignora el gesto triste que distingue en las comisuras de la boca de Charlotte.

—¿Mañana por la mañana?

—Sí, perfecto.

Nikhil y Georgia siguen discutiendo. Sonya se reúne con ellos justo en el momento en que Georgia acusa a Nikhil de haberle dado tomates en mal estado la última vez que le compró algo, y entonces se aclara la garganta.

—Cinco tomates —dice Sonya—. Es una oferta generosa, y no pienso repetirla.

Georgia suspira y accede. Sonya le entrega los tomates.

Hay veces en que Nikhil se pasa el día en el mercado, charlando con todo el mundo. Pero ella no. Ella vuelve al Edificio 4 con el radiodespertador bajo el brazo, sola.

Poster Girl.indd 17 16/5/23 14:09

Se saca el tomatito que ha robado y le da un mordisco; el sabor del verano le inunda la lengua.

Sonya tiene un vestido bonito. Apareció en una de las montañas de donaciones de las Manos Misericordiosas dos años atrás, una explosión amarillo pálido. Vio a las demás suspirando por la prenda, y sabía que lo más generoso, lo que le habría proporcionado unos cuantos desideratos bajo el gobierno de la Delegación, habría sido que se lo dejara a alguien más joven. Pero no fue capaz de deshacerse de él. Se lo plegó sobre un brazo y se lo llevó a casa, donde se pasó semanas colgado delante del tapiz, como un sol pintado.

Ahora lo guarda debajo de la cama, en una caja de cartón junto con el resto de su ropa. Lo saca y lo sacude, llenando el ambiente de polvo. La cintura está arrugada por donde lo dobló, pero no tiene fácil solución. La señora Pritchard es la única con plancha en todo el edificio.

Mientras se lo pone, piensa en su madre. Julia Kantor se pasaba los días de fiesta en fiesta. Para acicalarse, se sentaba en el taburete acolchado de su tocador y se recogía el pelo en un moño; se mojaba las puntas de los dedos con perfume y se frotaba la parte trasera de las orejas; rebuscaba en el joyero hasta dar con el par de pendientes perfectos, las perlas, los diamantes o los aritos de oro. Tenía las manos tan elegantes que todo parecía una elaborada pantomima.

Sonya se toca la nuca desnuda; ahora se corta el pelo con maquinilla, pero le cuesta perder el hábito. Retuerce la mano en la espalda para subirse la cremallera. El vestido no le acaba de quedar bien; le va demasiado holgado en la

Poster Girl.indd 18 16/5/23 14:09

cintura y le aprieta demasiado los hombros. Le flota hasta las rodillas.

La fiesta se celebra en el patio del Edificio 3. Tendrá que pasar por delante del Edificio 2 para llegar allí, de modo que se guarda una navaja en el bolsillo.

Con todo, esta vez en la calle Gris no hay ni un alma. Oye risas y gritos desde uno de los apartamentos, el estruendo de la música, un cristal que se rompe. El roce de sus propias pisadas. Camina por el centro de la Abertura, donde ya han desmontado el mercado. Salta por encima de una grieta y gira hacia el túnel que conduce al patio del Edificio 3.

Si el Edificio 4 es un lugar para los recuerdos y el Edificio 2 para el caos, el Edificio 3 es el lugar del autoengaño. No el autoengaño de que el mundo exterior no exista, sino de que la vida en la Abertura puede ser igual de satisfactoria. En el Edificio 3 se organizan bodas, fiestas y noches de póquer; imparten clases; practican calistenia en grupos pequeños, corriendo arriba y abajo por las calles Verde y Gris, y subiendo y bajando por la escalera del edificio.

A Sonya se le da fatal fingir.

El patio no está tan cuidado como el del Edificio 4, pero apenas hay unos pocos hierbajos y alguien ha podado los árboles para que no arañen las ventanas interiores. Han colgado una guirnalda de luces de un extremo al otro; solo unas pocas se han fundido en los casquillos. Hay una pequeña mesa dispuesta a la derecha, donde unas velas desgastadas titilan dentro de tarros de cristal.

—¡Sonya! —Una joven deja una cesta de pan delante de las velas, se limpia las manos y echa a andar hacia Sonya con los brazos abiertos. Se llama Nicole.

Poster Girl.indd 19 16/5/23 14:09

Sonya la abraza y la lata que le ha traído se le clava en las costillas.

—¡Anda! —exclama Nicole—. ¿Qué has traído?

—Tu favorita —contesta Sonya, y levanta la lata. La etiqueta está desgastada, pero la imagen sigue intacta: rodajas de melocotón.

—Hala. —Nicole sostiene la lata con ambas manos, y a Sonya le recuerda a cuando cogía mariposas de niña, a cómo echaba un vistazo por el espacio que tenía entre las manos para verles las alas—. ¡No puedo aceptarla! ¿Cada cuánto las traen, una vez al año?

—La he estado guardando justo para esta ocasión —dice Sonya—. Desde que aprobaron la ley.

Nicole esboza una sonrisa torcida, entre la alegría y la tristeza. La Ley de los Niños de la Delegación se aprobó hace meses, y permite que los residentes de la Abertura que entraron siendo niños vuelvan a la sociedad. Nicole es una de las más mayores que están autorizadas a marcharse; tenía dieciséis años cuando la encerraron.

Sonya tenía diecisiete. Ella no se irá a ninguna parte.

—Voy a buscar un abrelatas —dice Nicole.

En ese momento, Sonya saca la navaja y traza un círculo en la tapa de la lata, antes de hacer palanca para levantarla hacia un lado. Están llegando más invitados, pero por un instante no existe nada más que Sonya y Nicole, hombro con hombro, con los dedos pringados de almíbar. Sonya sorbe un pedazo de melocotón y está dulce, fibroso y ácido. Se chupa el almíbar de los dedos. Nicole cierra los ojos.

—Allí fuera no sabrán igual, ¿verdad? —pregunta—. Podré comerlos cuando me plazca y ya no me parecerán tan buenos.

Poster Girl.indd 20 16/5/23 14:09